

---

JAVIER MARÍAS  
*Corazón tan blanco*

Barcelona, Anagrama, 1992, 301 pp.

**E**n la última novela de Javier Marías se hace patente su evolución como narrador, que ya apuntaba en *Todas las almas*. Su prosa se depura y desprende de los defectos que se atribuían a sus novelas anteriores, de las frases subordinadas que restaban ligereza a la narración, aunque todavía le queda salvar el recurso a la repetición innecesaria. No obstante, su capacidad como narrador, su “saber contar” se demuestran en esta novela de fácil lectura que lo confirma como uno de los mejores narradores entre sus contemporáneos.

El protagonista se erige en narrador de la historia, en una primera persona que no consigue implicarnos. Un narrador omnisciente que pese a no querer saber nada, no desconoce ni un solo detalle de su pasado y de lo más oculto de los personajes. Juan, el protagonista, un señorito madrileño de unos treinta y cinco años, rememora su matrimonio y viaje de novios reciente con Luisa, su esposa a la que apenas conoce ni llegará a conocer. La superficialidad en los planteamientos de Juan –“en cierto sentido lo que hice fue lo más claro y lo más limpio, sin hipocresías ni falsos sentimientos, nos compensaba a los dos, eso es todo”– y el abandono con que se deja llevar por los acontecimientos –“por eso me caso mañana seguramente, el día a día es la causa, también porque es lógico y porque nunca lo he hecho”–, le impiden que, ni siquiera, sea capaz de mantener la que parece la única voluntad de su vida insustancial: “no he querido saber, pero he sabido.”

Los personajes se convierten en gestos y actitudes que sirven al narrador para describir prodigiosamente escenas de una plasticidad casi cinematográfica, golpes de efecto perfectamente ubicados en la novela, que alternan con cuasi-reflexiones



repetitivas de un personaje-narrador que no puede ver más allá de su ombligo y de las palabras. Luisa, su esposa, es la excusa, justificada en la novela –“las mujeres sienten curiosidad sin mezcla, su mente es indagatoria y chismosa aunque también inconstante, no imaginan o no anticipan la índole de lo que ignoran”– para resolver el enigma del suicidio que se describe en el primer capítulo. El orgullo del personaje le lleva a disculpar todas sus acciones. Si paga a un músico ambulante para que no le moleste, en realidad es el músico quien ha preferido “mi billete a mi respeto (...) Nos compensaba a los dos, eso es todo.” El recuerdo de Nieves, un amor adolescente, sólo le inspira que “esa niña (...) sería distinta y mejor si yo la hubiera amado (...) Estoy seguro (...) de que no vestiría como viste ahora (...) yo me habría encargado.”

Los temas tan interesantes que plantea la novela –el matrimonio y las relaciones amistosas y familiares, los silencios y lo que ignoramos, la trascendencia de las palabras– consiguen entusiasmar en un principio al lector, que no encuentra respuesta, en el transcurso de la novela, a sus expectativas.

ROSA M<sup>a</sup> BELDA

